

Imagen y circunstancia "Perfil de un tiempo" de Carlos Rimassa

Los versos que demarcan el sendero de este poemario parecen ser, como diría Adolfo Cárceles Romero, "la justificación de toda una vida consagrada al arte." Y no sólo porque Carlos Rimassa esboza pinceladas de pasado en ocre y "colores gastados", sino sobre todo porque formas y palabras son trazo de soledades e inquietudes por las que se extiende el mundo del poeta. Un mundo "perifoneado" [por] un tiempo" unívoco capturado en procedimientos formales y estilísticos fluidos, frescos, renovadores.

Veinticuatro poemas breves, acompañados de viñetas en tinta china, son el marco en que Rimassa describe y reflexiona, simultáneamente, mientras diseña a través de actitudes, espacios y valores el tiempo cambiante y contradictorio en que se sumen las complejidades de la conciencia humana. Hay una trayectoria que demarca el lenguaje donde figura y palabra dibujan respuestas, miradas, sensaciones del poeta ante la soledad y el absurdo del tiempo.

"Soy la noche que pasa", asegura, "y el día recién borrando / soy el que ves y el que no ves / lo que nace y muere". El tratamiento de la imagen favorece la evocación en que se funden contrarios, en constante flujo de vida y muerte; donde son escenario hombre y circunstancia, al estilo de Ortega; donde el sinsentido, el tedio y la libertad confluyen sin tregua, sin destino. El texto se articula en movimientos ondulantes que van de una rutina a otra en coincidencia de voces donde el poeta hermana su soledad con la evocación del otro.

Contrariamente a la pintura de Chaly, donde el color es fuerza y es pasión, "Perfil de un tiempo" parece silenciar las expresiones del cuerpo y de la historia y se sitúa en un espacio apócrifo donde las energías no provienen de las pulsiones representadas, sino del tratamiento inteligente del lenguaje. No hay aquí amores ni angustias; no hay dolores ni alegrías. La sensación se desprende de la imagen, de la forma donde palabras confluyen en versos y éstos establecen dialécticas de realidad y representación en relación constante entre lo cotidiano y lo trascendental.

Si bien no sería pertinente hablar de angustias existenciales, tampoco lo sería indagar en estos versos dimensiones eróticas o dramáticas. De hecho, el amor, los cuerpos, los sentidos han dado lugar a una evocación sin tiempo, donde el poeta se hermana con los hombres en un mismo desconcierto ante el consumo, el cemento y lo absurdo del camino:

Vas por este absurdo suelo
Con tempranas luces
Hacia móviles sombras en el viento
Ni a tu propia voz escuchas
Menos al gesto que existe
Vas en pos del simple trance
Sin sentir tu pulso
Sin vivir unánime
De las horas no sabes
Del querer del gozar
Ni del ansia humilde
Tangencialmente
Pasos rescatando en los muros
Torpes figuras agostadas.

El recurso formal de la ausencia de puntuación, junto con la interpelación a un segundo nos colocan en un escenario donde uno y otro, lector y leído se hacen impersonales, desmemoriados, vacuos. Trazos lingüísticos y pictóricos comparten una suerte de desesperanza ante una realidad que no alcanza a ser auténtica, que no logra palpar en sensibilidades o en valores que, de lejos, han perdido vigencia. El carácter individual de la creación deviene circunstancia que degrada la rutina, que susurra muerte y que transmite un profundo dolor del tiempo. "Mirarse ante un espejo", confiesa Chaly, "es asumirse vulnerable en el tiempo / escucho derrotero en la ruta / poblada de reptiles y estrellas...". La peripecia biográfica no necesita metáforas para invocar al otro y someterlo al indiscriminado recurso del "nosotros" para evitar, en hálbit pincelada, la caída anónima de un "yo" deforme y aislado. Casi a la fuerza, Rimassa nos hace cómplices de su discurso tedioso y acongojado:

Recorremos las calles
Paseamos los parques
Las ciudades no cambian
Tardamos en darnos cuenta
Que no estamos solos



Está la lluvia
Está el viento
Con el sol de octubre
Y todo es cierto
Porque nos duele el tiempo.

Esa angustia del tiempo se matiza, sin embargo por la presencia siempre colorida de la naturaleza que, si bien no asume dimensiones románticas o ilusorias, nos acerca de una imagen optimista, que contrasta con el discurso oscuro, "idiota e incoloro" que caracteriza el espacio de Rimassa.

Una serie de temas dan cuenta de las preocupaciones del poeta: el pasado, la rutina, el cemento, la violencia y el consumo. El amor aparece cuestionado por un sujeto que no concilia, sino que establece contradicciones y dudas; por una voz agolada que se revela sustancialmente impotente de proporcionar respuestas: "Estoy cansado de indagar", asegura el yo poético, "si hemos conseguido los motivos / suficientes de una vida". Y valiéndose de un discurso directo, que no busca elaboraciones retóricas, continúa: "Por razones no acepto / la mezquina conveniencia / que transforma en valores / unas pocas tonterías de consumo". La crítica de los valores y de las formas de vida que nos rigen se hace esencial en el texto, aunque sólo a manera de recurso, no así de compromiso.

"[No] creo positiva" continúa, "la violencia desatada / de principios / de carteles / de programas / de consignas / de panfletos inflamados / de discursos oratorios / de dogmas." Se percibe en el poema una tendencia a describir un mundo dominado y desgarrado por circunstancias políticas y económicas donde, por otra parte, la visión del poeta trasciende el influjo de lo ideológico y se cuestiona sobre lo que probablemente, en escenario semejante, ha perdido el sentido primigenio: el amor. "Cansado -repito- / de preguntar / si aún crece el amor / o sólo un gesto vago / como tantos otros repetidos / egocéntricos y vacíos."

Se siente un vaho de miedo cuando el poeta se descubre contradictorio después del tiempo transcurrido. Cuando su ¿antigua? subjetividad solitaria ha de compartirse en vericuetos monstruosos para evitar la visión aislada de su propio tiempo-muerte. Una profunda necesidad de medida de sí mismo anima los versos de Rimassa. Al mismo tiempo, sin embargo, hay una urgencia igualmente intensa de que esa reflexión no alcance sólo a su historia, sino que abrace al otro y lo totalice en una misma evocación implacable y circular:

Mirarse ante un espejo
Es asumirse vulnerable en el tiempo
Escucho derrotero en la ruta
Poblada de reptiles y estrellas
Somos monstruos imprecisos
Descendientes de terrestres
Con monótona sangre
Que corre entre estaciones
Los sueños como engañosas lámparas
Alumbra sólo a ratos
Concluímos marcan las jornadas
Compañeros se derrumban lado a lado
Los amores se consumen como velas
Es un póstrumo autorretrato
Mirarse ante un espejo.

Hay un dejo de melancolía y de angustia en la obra de Chaly. Una suerte de proyección de la mirada sobre el camino transcurrido, sobre las cosas y las circunstancias que, lejos de profundizar una biografía, se refugian en el lenguaje para evitar el riesgo del dramatismo y la cursilería. "Perfil de un tiempo" podría leerse como la imposibilidad de acceder a una visión totalizadora de una experiencia; como una dimensión impenetrable de la propia vida y de la propia historia que, por el contrario, busca en el manejo de la palabra un obstinado recurso para evadir una manera de verse a sí mismo desde la perspectiva "póstuma de un autorretrato".

Imagen y Poesía "Luciérnagas del fondo" de Vilma Tapia Anaya

"Para hablar de poesía, primero hay que convocar la imagen", decía Lezama Lima.

Y la imagen es el elemento central de la poesía de Vilma Tapia Anaya. A través de ella, Luciérnagas del fondo nos propone un viaje al pasado, a la infancia y la familia. El dejo de melancolía con que se colorean sus páginas "se ilumina" en 49 poemas breves, de ritmo variado y de juego alternado con el lenguaje. La voz femenina y los elementos retóricos propician un universo natural donde animales, árboles y lunas son esencia de introspecciones y presagios: "Bajo las hojas muertas / en tanto peccato rojo / se ha cumplido / el viento".

La voz narrativa juega a aprehender el mundo desde la perspectiva de lo íntimo. Padre, hijo y madre nos aproximan a lo doméstico, al sentimiento y al pasado: "Riegan el jardín / mi madre / en mi memoria / y la tarde". El recuerdo es propicio para la celebración del presente. Y el hijo perfuma la sombra del pasado: "El aire / que respiro / por ti / bebe / de altas ramas / floridas".

El texto está enmarcado en un tiempo estático, donde la mayoría de los verbos refieren poco o ningún movimiento. Sea en primera o tercera persona, las palabras se repiten o prolongan en un desplazamiento casi intemporal: miro, amanezco, te toco, ardo, confiesa la narradora o, al referirse al otro, admite que sangra, arde, se ofrece, se hunde, asoma. Una decena de poemas carece completamente de verbos, creando una ilusión estática que parece afirmar la permanencia indefinida del tiempo y la negación del espacio: "Los cantos de las vaqueras / los surcos del amanecer / humus de mi memoria".

Luciérnagas del fondo marca una importante evolución en la poesía de Vilma Tapia Anaya. Luego de "Del deseo y la rosa", poemario marcado por el "festejo de los sentidos", "Corazones de terca escama" propone una poética femenina de la relación amorosa: la espera, el deseo, la entrega, el goce y otra vez el deseo. "¡Oh estaciones, oh castillos!", por su parte, expone "una sinceridad que se va anidando en lo más profundo de todo lo que nombra", como diría Raúl Zurita.

En "Luciérnagas del fondo" Vilma se enfrenta a sí misma desde otra perspectiva. La presencia familiar tiene gusto nostálgico, después de los años y después de la vida. La madre rezoza en la memoria, mientras el padre atardece en el poema que inicia el recorrido textual: "Cae la tarde / pastor / tu morada aguarda / en el regazo de la noche." La celebración amorosa adquiere un tono sereno salpicado de ausencia, recuerdo y soledad: "Por los techos mudos / resbala / se hunde en la niebla / la tarde. / Tu última sonrisa / se oculta / en la humedad / de mi alma". En este nuevo libro, Vilma privilegia la luna, la noche, el sol, la memoria y los árboles. Una serie de animales recorre el texto: gorriones, gatos y golondrinas comparten silencios, escamas y esperanzas. Hay pocas imágenes cromáticas; la visión se apropia del espacio del poema y el lenguaje se entretreje, libre, con la evocación: "Los animales nocturnos / las estrellas / la cal / los tejados / retozan / se demoran / nos repiten".

En este texto Vilma "cierr[a] los ojos", "arde en los celajes", se duele por los árboles, y se hermana con la luna. Dibuja un mundo fragmentado y quieto en donde la imagen, elemento primordial, cumple función unificante y reveladora. La mirada de Vilma sobre el mundo es una invitación a percibir la poesía como un artefacto creador a través del cual, después de un recorrido cíclico por la naturaleza, la familia y el amor, volvemos a la percepción inicial de la mujer que escribe, que se desnuda y se confirma inicio y fin de la jornada: "Luz del silencio / Soy / desnudo / vientre."

Elena Ferrufino-Coqueugnot. Escritora cochabambina.